

te algunas notas marginales en el manuscrito, escritas en inglés, francés y latín, y cuya tinta pasada y letra juvenil indicaban su antigüedad.

Esta es mi historia con Miss Ives. Al concluir de referirla paréceme que por segunda vez pierdo á Carlota, aquí, en la misma isla en que la perdí la primera. Pero desde lo que ahora siento hasta lo que sentía en aquellas horas, cuyo dulce recuerdo he invocado, media todo el espacio de la inocencia; las pasiones se han atravesado entre Miss Ives y Lady Sulton. Ya no puedo ofrecer á ninguna mujer candorosa los castos deseos, la apacible ignorancia de ese amor que no pasa los límites de un celestial ensueño. Escribía yo entonces con la vaguedad de la tristeza, y hoy ya no tiene la vida vaguedad para mí. Y á pesar de todo, si estrechara en mis brazos esposa y madre, á la que pude estrechar virgen y esposa, lo haría con una especie de rabia, anhelando marchitar llenar de duelo y ahogar frenético esos veinte y siete años dados á otro después que á mí se me ofrecieron.

Debo considerar el sentimiento que acabo de describir como el primero de su especie que penetró en mi corazón; pero no era compatible con mi naturaleza indómita, la cual le hubiera corrompido, incapacitándome de saborear por largo tiempo sus santos deleites. Irritado por la adversidad, peregrino ya en ultramar, y habiendo dado principio á mi solitario viaje, justamente me asediaban entonces las ideas de locura, expresadas en la misteriosa historia de René, y merced á las cuales fui el ser más atormentado que hubo nunca en la tierra. De todos modos, la casta imagen de Carlota, que envió á lo profundo de mi alma algunos rayos de luz verdadera, dispó por el pronto una nube de fantasmas, y mi duende se sumergió como un mal genio en el abismo, aguardando los efectos del tiempo para renovar sus apariciones.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

DEFECTO DE MI CARÁCTER.

Jamás se habían interrumpido mis relaciones con Mr. de Boffe para el *Ensayo sobre las Revoluciones*, y me interesaba avivarlas en Londres para sostener mi vida material. Pero ¿de dónde procedía mi última desgracia? De mi obstinación en callar. Para comprender esto es preciso hablar de mi carácter.

En ningún tiempo me ha sido posible vencer este espíritu de abstracción y soledad interior que me impide hablar de lo que me atañe. Nadie podría afirmar que he referido lo que la mayor parte de las gentes cuentan en un momento de dolor, de placer ó vanidad. Un nombre, una confesión no sale, ó sale rara vez de mi boca. No comunico á nadie mis intereses, mis proyectos, mis trabajos, mis ideas, mis penas, mis placeres, persuadido del fastidio que se causa á los demás hablándoles de sí. Sincero y verídico, carezco de la espontaneidad del corazón; mi alma tiende siempre á cerrarse, yo no digo jamás una cosa completamente, y yo no he dicho mi vida más que en estas *Memorias*. Si intento comenzar una narración, me asalta la idea de ser prolijo; á las cuatro palabras se apaga mi voz, y me callo. Como no creo en nada, excepto en religión, desconfío de todo; la malevolencia y la denigración son dos caracteres del espíritu francés; la burla y la calumnia el resultado seguro de una confianza.

¿Y qué he conseguido con mi reserva? Hacerme un ser fantástico que no tiene ninguna relación con

mi realidad. Mis amigos mismos me juzgan mal creyendo conocerme y embelleciendo mis ilusiones con su adhesión. Todas las medianías de antesalas, de oficinas, de periódicos y cafés, me han supuesto ambicioso, y no lo he sido. Frio y seco en la vida común, no soy entusiasta ni sentimental; mi percepción distinta y rápida profundiza pronto el hecho y el hombre, y los despoja de toda importancia. Lejos de arrastrarme, de idealizar las verdades aplicables, mi imaginación achica los mayores sucesos; el lado pequeño y ridículo de los objetos se me presenta en primer término; grandes genios y grandes cosas, nada existe á mis ojos. Político, admirador, y elogiando las suficiencias que se proclaman inteligencias superiores, mi desprecio oculto ríe, y coloca en todas esas caras incensadas máscaras de Calot. En política, el calor de mis opiniones no ha excedido á la extensión de mis discursos ó folletos. En la existencia interior y teórica soy el hombre de los sueños: en la exterior y práctica, el hombre de la realidad. Aventurero y ordenado, apasionado y metódico, no ha habido jamás ser más quimérico y más positivo que yo, más ardiente ni más helado; mezcla extraña, engendro de las sangres diversas de mi padre y de mi madre.

Los retratos que se han hecho de mí, fuera de mi semejanza, son debidos á la reticencia de mis palabras principalmente. La multitud es demasiado ligera y distraída para tomarse el trabajo de ver á los individuos tal como son. Cuando he querido por casualidad rectificar alguno de estos juicios falsos en mis prefacios, no se me ha creído. Por último, siéndome todo indiferente, yo no insistía; un *como gustéis* me ha librado siempre del fastidio de persuadir á nadie, ó de restablecer una verdad. Entro en mi foro interno, como una liebre en su cama: allí me pongo á contemplar la hoja que oscila ó la yerba que se dobla.

No me formo una virtud de mi circunspección tan invencible como involuntaria; si no es una falsedad, lo parece; no está en armonía con las naturalezas más dichosas, más amables, más fáciles, más sencillas, más abundantes, más comunicativas que la mía. Continuamente me ha perjudicado en los sentimientos y en los negocios, porque no he podido sufrir jamás las explicaciones, las protestas y aclaraciones, las lamentaciones y las lágrimas, palabrería y reproches, detalles y apologías.

En el caso de la familia de Ives, este obstinado silencio mío, con respecto á mí, me fue muy fatal. Veinte veces me había preguntado la madre de Carlota de mi familia, y me puso en el camino de las revelaciones. No previendo donde me llevaba mi mutismo, me contenté, como de costumbre, con responder alguno palabras vagas y breves.

Si no me afectara este odioso síntoma, porque el desprecio me es imposible, yo no hubiera tenido este aire de querer defraudar la más generosa hospitalidad; no me disculpaba la verdad dicha en un momento decisivo, porque se había causado ya un mal positivo.

Volví á ocuparme de mis tareas en medio de mis pesares y de los reproches que yo mismo me hacía. Me adhería al trabajo, porque juzgaba que adquiriendo renombre haría que la familia Ives se arrepentiría menos del interés que me había mostrado. Carlota, con quien yo quería reconciliarme por medio de la gloria, presidía mis estudios. Su imagen estaba sentada delante de mí mientras yo escribía. Cuando levantaba la vista del papel, la dirigía á la imagen adorada, como si efectivamente estuviera allí: los habitantes de la isla de Ceilan vieron una mañana al astro del día que se levantaba con una pompa extraordinaria; su globo se abrió, y salió de él una brillante criatura, que dijo á los ceilaneses: «Yo ven-

go á reinar sobre vosotros.» Carlota, nacida de un rayo de luz reinaba en mí.

Abandonemos otros recuerdos; los recuerdos envejecen y se borran como las esperanzas. Mi vida va á cambiar, va á deslizarse, bajo otros cielos, en otros valles. [Primer amor de mi juventud, tú huyes con tus encantos! Vuelvo de ver á Carlota, es cierto: ¿pero cuántos años después la he visto? ¡Dulce luz de lo pasado, pálida rosa del crepúsculo que borda la noche, cuando el sol se ha ido al Occidente!

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

EL ENSAYO HISTÓRICO SOBRE LAS REVOLUCIONES.—SU EFECTO.—CARTA DE LEMIERE, SOBRINO DEL POETA.

Muchas veces se ha comparado la vida á una montaña; por un lado se sube y por otro se baja; sería comparable también á un Alpe de cima pelada, cubierto de hielo y sin reverso. Siguiendo esta imagen, el viajero sube siempre y no baja jamás: entonces ve el espacio que ha recorrido, los senderos fáciles que no ha pisado, y ve con pena y dolor el punto donde comenzó á extraviarse. Yo marco así en la publicación del *Ensayo histórico* el primer paso que me apartó del camino de la paz. Acabé la primera parte del gran trabajo que me había trazado; escribí la última palabra entre la idea de la muerte (porque estaba enfermo) y una ilusión desvanecida: *in sommis venit imago conjugis*. Impreso por Bayle, apareció en casa de Deboffe en 1797. Esta fecha es una de las transformaciones de mi vida. Hay momentos en que nuestro destino, sea que ceda á la sociedad, ó que obedezca á la naturaleza, se separa repentinamente de la línea primera, como un río que cambia de curso por una inflexión súbita.

El *Ensayo* es el compendio de mi existencia, como poeta, moralista, publicista y político. Inútil es decir que yo esperaba buen éxito de mi obra; y nosotros los autores, pequeños prodigios de una era prodigiosa, pretendemos mantener relaciones con las razas futuras, ignorando, á mi parecer, su destino. Cuando la tumba nos trague, la muerte helará nuestras palabras cantadas ó escritas, de tal modo, que no se fundirán como las *palabras heladas* de Rabelais.

El *Ensayo* debía ser una especie de enciclopedia histórica. El único volumen publicado es ya una grande investigación; yo tenía manuscrita la continuación: después seguían, con las anotaciones del analista, las leyes y poesías antiguas del poeta, los Natchez, etc. Apenas comprendo yo hoy cómo he podido entregarme á estudios tan considerables en medio de una vida activa, errante y sujeta á tantos reveses. Mi terquedad explica esta fecundidad; en mi juventud he escrito doce y quince horas seguidas, enmendando diez veces la misma página. La edad no me ha rebajado esta facultad de aplicación; hoy mis correspondencias diplomáticas, hechas por mi mano, no interrumpen mis composiciones literarias.

El *Ensayo* hizo ruido entre la emigración; contrariaba los sentimientos de mis compañeros de infortunio; mi independencia en mis diferentes posiciones sociales ha ofendido casi siempre á los hombres con quien estaba unido. Sucesivamente he sido jefe de ejércitos diferentes, cuyos soldados no eran de mi partido: yo he conducido á los viejos realistas á la conquista de las libertades públicas, y sobre todo de la libertad de imprenta, que ellos detestaban; he reunido á los liberales en nombre de esta misma libertad bajo el estandarte de los Borbones que ellos aborrecían. Sucedió que la opinión emigrada se adhirió por amor propio á mi persona; las *Revistas inglesas*, habiendo hablado de mí con elogio, la alabanza recayó en todo el cuerpo de los *fielos*.

Yo había dirigido ejemplares del *Ensayo* á Laharpe, Guinguené y Sales. Lemiere, sobrino del poeta de su nombre, y traductor de las poesías de Gray, me escribió desde París, el 13 de julio de 1797, que mi obra había tenido el mayor éxito. Es cierto que si el *Ensayo* fue un momento conocido, casi en seguida fue olvidado: una sombra súbita cubrió el primer rayo de mi gloria.

Habiéndome hecho casi un personaje, la alta emigración me buscó en Londres. Yo anduve de calle en calle; dejé primero Holborn-Tottenham-Cour road, y avancé hasta el camino de Hamstead. Allí me estacioné algunos meses en casa de Mad. O'Larry, viuda irlandesa, madre de una niña muy hermosa de catorce años, enamorada tiernamente de sus gatos. Ligados por esta conformidad de pasión, tuvimos la desgracia de perder dos elegantes michitos, blancos como armiños, con la punta del rabo negra.

A casa de Mad. O'Larry venían vecinas antiguas, con las que me veía precisado á tomar el té. Mad. Stael ha pintado esta escena en Corinna en casa de Lady Edgermond: — «Querida mía, ¿crees que el agua hierve bastante para ponerle el té?—Querida, yo creo que es muy pronto.»

Venia á estas veladas una muy hermosa jóven irlandesa, María Neale, bajo el cuidado de un tutor. Ella hallaba en el fondo de mi mirada alguna herida, porque me decía: — «Llévate vuestro corazón vendado.» Yo lo tenía no sé cómo.

Mad. O'Larry partió para Dublin; entonces alejándome del cantón de la colonia de la pobre emigración del Este, llegué de casa en casa hasta el cuartel de la rica emigración del Oeste, entre los obispos, las familias de la corte y los colonos de la Martinica.

Pelletier había vuelto, se había casado: siempre hablador, malgastando sus cortesías, y frecuentando el bolsillo de sus amigos más que el suyo propio.

Yo hice muchos conocimientos nuevos; sobre todo en la sociedad donde tenía relaciones de familia; Lamoignon, herido gravemente en la batalla de Quiberon, y hoy mi colega en la cámara de los pares, se hizo mi amigo. El me presentó á Mad. Lindsay, afecta á Augusto de Lamoignon, su hermano: el presidente Guillaume no era contemplado por la fortuna en Basville, entre Boileau, Mad. de Sevigné y Bourdaloue.

Mad. Lindsay, irlandesa de origen, de un espíritu áspero, de un humor un poco mudable, de talle elegante, de agradable figura, tenía nobleza de alma y elevación de carácter: los emigrados de mérito pasaban la noche en el hogar de la última Ninon. La vieja monarquía perecía con todos sus abusos y todas sus gracias. Algun día se la desenterrará, como estos esqueletos de reinas, adornados de collares, de brazaletes y pendientes, que se exhuman en Etruria. En esta reunión hallé á Mr. Malouet y Mad. de Belloy, mujer digna de aprecio, el conde de Montboisier y el caballero Panat. Este último tenía una reputación merecida de talento, de poco aseado y gastrónomo; pertenecía á este parterre de hombres de gusto, sentados antes con los brazos cruzados ante la sociedad francesa; ociosos, cuya misión era verlo todo, y juzgar de todo, ejercían las funciones que ejercen hoy los periódicos, sin tener los medios, pero también sin conseguir su grande influencia en el pueblo.

Montboisier había quedado á caballo sobre la fama de su alabada frase de la *cruza de madera*, frase un poco mordida por mí, cuando la he reproducido, pero cierta en el fondo. Dejando la Francia, se dirigió á Coblenza; mal recibido por los príncipes; tuvo una disputa, se batió por la noche á la orilla del Rin, y fue herido. No viendo gota, y no pudiendo removerse, preguntó á los padrinos si la punta de la espada salía por el lado opuesto: — «Tres pulgadas, le dijeron.—Entonces no es nada, dijo Montboisier: retirad vuestra estocada, caballero.»

Montboisier, acogido por su realismo, pasó á Inglaterra, y se refugió en las letras, gran hospital de emigrados, donde yo tenia una cama al lado de la suya. El obtuvo la redaccion del *Correo Francés*. Además de su periódico, escribía obras físico-político-filosóficas; en una de ellas probaba que el azul era el color de la vida, por la razon de que las venas azulean despues de la muerte, viniendo á la superficie del cuerpo para evaporarse y volver al cielo azul. Como yo gustaba mucho de lo azul, estaba encantado.

Feudalmente liberal, aristócrata y demócrata, cabeza abigarrada, hecha de piezas y fragmentos, Montboisier concibe con dificultad de ideas disparadas pero si llega á expresarias, alguna vez son bellas, sobre todo enérgicas: antiteocrático como noble, cristiano por sofisma y como amante de los siglos antiguos, hubiese sido, bajo el paganismo, ardiente partidario de la independencia en teoría y de la esclavitud en la práctica, permitiendo aherrojar al esclavo en nombre de la libertad del género humano. Interruptor inoportuno, egoista seco, el antiguo diputado se permite sin embargo condescendencias con el poder; sabe conciliar sus intereses, pero no sufre que se lo noten, y encubre sus debilidades de hombre con su honor de caballero. No quiero decir mal de mi famoso *Averniano*, con sus romances de *El Monte de Oro*, y su polémica de la *Llanura*; yo gusto de su persona heteróclita. Sus largas y oscuras explicaciones y confusas ideas, con paréntesis y exclamaciones de ¡oh! ¡oh! me fastidian (lo tenebroso, lo embrollado, lo vaporoso, me es abominable); pero, por otra parte, me divierte este naturalista de los volcanes, este orador de montañas que perora en la tribuna, como cantan sus compatriotas en lo alto de una chimenea; yo quiero este gacetero de hornagueras; este liberal, explicando la carta al traves de una ventana gótica; este señor pastor, casi casado con su zagala, sembrando él mismo su cebada entre la nieve en su campo gujarroso; yo le agradeceré siempre el que me haya consagrado una antigua roca negra, tomada de un cementerio de los Gaulas, descubierto por él.

El abate Delille, otro compatriota de Sidonio Apolinario, del canceller de L'Hopital, de Lafayette, de Thomas, de Ghamfort, arrojado por el desbordamiento de las victorias republicanas, habia venido á establecerse á Londres. La emigracion lo contaba con orgullo en sus filas; él cantaba nuestras desgracias: razon mas para amar su musa. Trabajaba mucho; lo necesitaba, porque Mad. Delille lo encerraba, y no le dejaba salir hasta que habia ganado su jornal con cierto número de versos. Un día habia ido yo á su casa; se hizo esperar, y apareció despues con el rostro encendido; se supone que Mad. Delille le daba de bofetadas: yo no lo sé; digo lo que he visto.

¿Quién no ha oído al abate Delille recitar sus versos? Los decia muy bien; su figura flaca, ajada, animada por su imaginacion, se hermanaba muy bien con la naturaleza coqueta de su expedicion, con el carácter de su talento y su profesion de abate. La obra maestra del abate Delille es su traduccion de las *Geórgicas*, con fragmentos casi de sentimiento; pero es como si leyerais á Racine en la lengua de Luis XV.

La literatura del siglo xviii salva algunos bellos genios que la dominan: esta literatura, colocada entre la clásica del siglo xvii y la romántica del xix, sin carecer de naturalidad, carece de naturaleza; entregada á combinaciones de palabras, no es ni bastante pura, como escuela antigua. El abate Delille era el poeta de los castillos modernos, como el trovador era el poeta de los castillos antiguos: los versos del uno, las baladas del otro, hacen conocer la diferencia que existia entre la aristocracia en la fuerza de su juventud, y la aristocracia decrepita; el abate pinta lecturas y juegos de ajedrez, y los trovadores cantaban cruzadas y torneos.

Los personajes distinguidos de nuestra iglesia militante se hallaban entonces en Inglaterra. El abate Caron, de quien ya os he hablado, tomándole la vida de mi hermana Julia; el obispo de Saint-Pol-de-Leon, prelado severo que contribuía á hacer al señor conde de Artois cada vez mas extraño á su siglo; el arzobispo de Aix, calumniado quizá á causa de sus triunfos en el mundo; otro obispo sabio y piadoso, pero de tal avaricia, que si hubiera perdido su alma no la hubiera rescatado por dinero. Casi todos los avaros son gentes de talento; preciso es que sea yo muy bestia.

Entre las francesas del Oeste se contaba madama de Boignes, amable, espiritual, llena de talento, muy bonita, y la mas jóven de todas; ella ha representado despues con su padre, el marqués de Osmond, á la corte de Francia en Inglaterra, mucho mejor que lo ha hecho mi incivilidad. Ahora es escritora, y con su disposicion reproducirá maravillosamente lo que ella ha visto.

Las Señoras de Caumont, de Gontant y de Cluzel habitaban tambien el cuartel de las felicidades desterradas, si no confundido á las Sras. de Caumont y de Cluzel, á quienes yo habia medio visto en Bruselas.

Ciertamente que se hallaba en esta época la duquesa de Duras en Londres; yo no debia conocerla hasta diez años despues. ¡Cuántas veces se pasa en la vida al lado de quien haria nuestras delicias, como el navegante cruza las aguas de una tierra favorecida por el cielo, de quien solo lo separa un horizonte y un día de vela! Yo escribo esto á la orilla del Támesis, y mañana irá una carta por el correo á decir á Mad. Duras, á las orillas del Sena, que he hallado su primer recuerdo.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FONTANES.—CLERT.

De tiempo en tiempo nos enviaba la revolucion emigrados de nueva especie y opiniones nuevas; se formaban diferentes engendros de desterrados; la tierra contiene camas de arena ó de arcilla, depuestas por las olas del diluvio: una de estas olas me trajo un hombre, cuya pérdida deploro hoy; un hombre, que fue mi director en las letras, y cuya amistad ha sido una de las honras y uno de los consuelos de mi vida.

Ya he dicho en estas *Memorias* que habia conocido á Mr. de Fontanes en 1789: en Berlin supe el año pasado que habia muerto. Habia nacido en Niort, de una familia noble y protestante: su padre habia tenido la desgracia de matar en duelo á su cuñado. El jóven Fontanes, educado por un hermano de mucho mérito, vino á Paris, vió morir á Voltaire, y este gran representante del siglo xviii le inspiró sus primeros versos; sus ensayos poéticos fueron revisados por Laharpe. Empeñó algunos trabajos para el teatro, y se relacionó íntimamente con una actriz encantadora, la señorita Desgarcins. Alojado junto al Odeon, errante alrededor de la Cartuja, celebró su soledad. Habia hallado á un amigo destinado á serlo mio, á Mr. Joubert. Cuando llegó la revolucion, el poeta se afilió en uno de estos partidos estacionarios que mueren siempre destrozados, por el partido del progreso, que los arrastra hácia adelante, y el retrógrado, que los arrastra hácia atrás. Los monárquicos pusieron á Fontanes en la redaccion del *Moderador*. Cuando la tempestad arreció, se refugió á Lyon, y se casó allí. Su mujer dió á luz un niño; durante el sitio de la ciudad, que los revolucionarios habian llamado *Municipalidad emancipada*, del mismo modo que Luis XI, al desterrar á los ciudadanos, habia llamado á Arras *Ciudad asilo*, Mad. de Fontanes se veia obligada á cambiar de lugar la cuna de su hijo para ponerlo al abrigo de las bombas. Vuelto á Paris en 9 de termidor, Fontanes fundó el *Memorial*

con Laharpe y el abate de Vauxelles. Proscripto el 18 de fructidor, la Inglaterra fue su puerto de salvacion.

Mr. Fontanes ha sido, con Chenier, el último escritor de la escuela clásica de la rama mayor; sus versos y su prosa se parecen, y tienen un mérito de la misma naturaleza. Sus pensamientos y sus imágenes tienen una melancolía desconocida del siglo de Luis XIV, que conocia solamente la austera y santa tristeza de la elocuencia religiosa. Esta melancolía se encuentra mezclada en las obras del cantor del *Día de difuntos*, como el sello de la época en que ha vivido; ella fija la fecha de su vida; ella demuestra que ha nacido despues de J. J. Rousseau, y que ha tenido por modelo á Fenelon. Si se redujesen los escritos de Fontanes á dos volúmenes muy pequeños, el uno en prosa y el otro en verso, seria este el monumento fúnebre mas elegante que pudiera levantarse en la tumba de la escuela clásica.

Entre los papeles que ha dejado mi amigo, se encuentran muchos cantos del poema de la *Grecia salvada*, libros de odas, poesias diversas, etc. Por sí mismo no hubiera publicado nada, porque este crítico, tan delicado, tan entendido é imparcial, cuando no lo cegaban sus opiniones políticas, tenia un miedo horrible á la crítica. Ha sido muy injusto con Mad. Stael. Un artículo envidioso de Garat sobre la *Forest de Navarre* estuvo á punto de detenerlo en su carrera poética. Al aparecer Fontanes mató la escuela afectada de Dorat; pero no pudo restablecer la escuela clásica, que tacaba á su ténino con la lengua de Racine.

Entre las odas póstumas de Fontanes hay una al *Aniversario de su nacimiento*; tiene todo el encanto del *Día de difuntos*, con un sentimiento mas penetrante y mas individual. No me acuerdo mas que de estas dos estrofas:

La vieillesse deja vient avec ses souffrances
que m'offre l'avenir? de courtes esperances,
que m'offre le passé? des fautes, des regrets.
Tel est le sort de l'homme, il s'instruit avec l'age;
mais que sert d'être sage,
quand le terme est si pres?

Le passé, le present, l'avenir, tout m'afflige;
la vie a son declin est pour moi sans prestige,
dans le miroir du temps elle perd ses appas.
Plaisirs! allez chercher l'amour et la jeunesse,
laissez moi ma tristesse,
Et ne l'insultez pas!

» Ya se acerca la vejez con sus padecimientos. Breves son ya las esperanzas que el porvenir me ofrece y en lo pasado no veo mas que faltas y motivos de arrepentimiento. Tal es la suerte del hombre: adquiera instruccion con la edad. ¿Mas de qué sirve la ciencia cuando uno se halla ya tan cercano á su fin?

» Lo pasado, lo presente y el porvenir se adunan en mi daño: no encuentro encanto en la vida que toca en su ocaso; el tiempo la despoja de todas sus ilusiones. ¡Id, placeres, id á halagar al amor y á la juventud. Dejádme á mí con mi tristeza y no me insulteis.

Si alguna cosa en el mundo debia ser antipática á Fontanes, era mi manera de escribir. En mí comenzaba, con la escuela llamada *romántica*, una revolucion en la literatura francesa; sin embargo, mi amigo, en vez de irritarse con mi barbarie, se apasionó de ella. Veia el aturdimiento en su semblante cuando le leia trozos de los *Natchez*, de *Atala* y de *René*: no podia traer estas producciones á las reglas comunes de la crítica; pero conocia que entraba en un mundo nuevo; veia una nueva naturaleza; comprendia una lengua que él no hablaba. Yo recibí de él excelentes consejos; yo le debo la correccion de mi estilo; él me enseñó á respetar el oído; él me impidió que cayera en la extravagancia de invencion y lo escabroso de ejecucion de mis discípulos.

Fue para mí una felicidad grande volverlo á ver en Londres, obsequiado por la emigracion: se le pedian

cantos de la *Grecia salvada*, y se oian con el mayor interés. Se alojó cerca de mí; ya no nos separamos. Asistimos juntos á una escena digna de estos tiempos de infortunio. Clery, que habia desembarcado hacia poco, nos leyó sus *Memorias* manuscritas. Que se juzgue de la emocion de un auditorio de desterrados oyendo la relacion de los padecimientos y la muerte del prisionero del Temple, hecha por el ayuda de cámara de Luis XVI, como testigo ocular. El Directorio, asustado por las *Memorias* de Clery, publicó otra edicion interpolada, en que hacia hablar al autor como un lacayo y á Luis XVI como á un ganapan: entre las torpezas revolucionarias esta es quizá una de las mas sucias.

UN PAISANO VANDEANO.

Mr. Theil, encargado de negocios de Mr. el conde de Artois, en Londres, se habia apresurado á buscar á Fontanes; este me rogó que lo llevara á casa del agente de los príncipes. Lo encontramos rodeado de todos aquellos defensores del trono y del altar, que vagabundeaban en Piccadilly, de una multitud de espías, y de caballeros de industria, escapados de Paris con nombres supuestos y trajes diferentes, y de una nube de aventureros belgas, alemanes é irlandeses, vendedores de contrarevolucion. A un lado de esta multitud habia un hombre de treinta á treinta y dos años, en quien nadie reparaba, y que á su vez no se ocupaba mas que de ver un grabado de la muerte del general Wolf. Me llamó la atencion su aire, y pregunté quién era: — «No es nadie; es un paisano vandeano, portador de una carta de sus gefes.»

Este hombre, que no era nadie, habia visto morir á Cathelineau, primer general de la Vandée, y paisano como él; á Bonchamp, en quien revivia Bayardo; Lescure, arnado de un cilicio que no estaba hecho á prueba de bala; Elbée, fusilado en una silla, porque sus heridas no le permitian abrazar la muerte en pié; Larochejaquelein, cuyo cadáver mandaron *identificar* los patriotas, á fin de tranquilizar á la Convencion en medio de sus victorias. Este hombre, que no era nadie, habia asistido á la toma y pérdida de doscientas plazas, ciudades, pueblos y reductos; á setecientas acciones particulares; á diez y siete batallas campales; se habia batido contra trescientos mil hombres de tropas disciplinadas, seis á setecientos mil movilizados y guardias nacionales; habia ayudado á tomar cien piezas de cañon y cincuenta mil fusiles; habia atravesado las *columnas infernales* compañías de incendiarios, mandadas por convencionales; se habia hallado en medio del Océano de fuego que en tres ocasiones extendió sus olas por los bosques de la Vandée; finalmente, habia visto perecer trescientos mil Hércules de arado compañeros de sus trabajos, y convertirse en un desierto de cenizas cien leguas cuadradas de un país fértil.

Las dos Francias se encontraron en este sueloni velado por ellas. Todo lo que habia en Francia de la sangre y los recuerdos de las cruzadas, luchó contra la nueva sangre y las esperanzas de la Francia revolucionaria. El vencedor sintió la grandeza del vencido. Thureau, general de los republicanos, decia: «que los vandeanos serian colocados en la historia en la primera fila de los pueblos militares.» Las legiones de Probo decian otro tanto de nuestros padres en sus canciones. Bonaparte llamó los combates de la Vandée *combates de gigantes*.

En aquella algarabía yo era el único que consideraba con admiracion y respeto al representante de estos antiguos *Jacques*, que rompiendo el yugo de sus señores rechazaban, bajo Carlos V, la invasion extranjera; me parecia ver un hijo de aquellos municipios del tiempo de Carlos VII, que, con la pequeña nobleza

de provincia, conquistaron palmo á palmo el suelo de Francia. Tenía el aire indiferente del salvaje; su mirada era sombría é inflexible como una vara de hierro; su labio inferior temblaba sobre sus cerrados dientes; sus cabellos bajaban de su cabeza como serpientes enroscadas; sus brazos, caídos, daban un sacudimiento nervioso á los enormes puños, acribillados de sablazos: se le hubiera creído un gran serrador; su fisonomía expresaba una naturaleza popular rústica, puesta, por el poder de las costumbres, al servicio de intereses y de ideas contrarias á esta naturaleza; la fidelidad nativa del vasallo, la simple fe del cristiano, se mezclaban á la ruda independencia plebeya acostumbrada á estimarse y hacerse justicia. Parecía no ser en él el sentimiento de su libertad, mas que la conciencia de la fuerza de su mano y la intrepidez de su corazón. No hablaba mas que un león; se rascaba como un león; bostezaba como un león, se apoyaba sobre un costado como un león cansado, y soñaba, al parecer, con la sangre y los bosques. ¡Qué hombres en todos los partidos de entonces, y qué raza la de hoy! Pero los republicanos tenían su principio en sí, en medio de ellos, y los realistas tenían el suyo fuera de Francia. Los vandeos enviaban diputaciones á la emigración; los gigantes pedían gefes á los pigmeos. El agreste mensajero que yo contemplaba había cogido la revolución por la garganta, y había gritado: «Entrad; pasad detrás de mí; no os hará daño; no se meneará; yo la sujeto.» Nadie quiso pasar; entonces Jacques Bonhomme soltó á la revolución, y Charette rompió su espada.

PASEOS CON FONTANES.

Mientras yo hacia estas reflexiones á propósito de este campesino, como las había hecho de otra especie cuando vi á Mirabeau y á Denton, Fontanes obtenía una audiencia particular de aquel á quien él llamaba burlescamente *interceptor general de hacienda*: salió muy satisfecho, porque Mr. Theil había prometido proteger la publicación de mis obras, y Fontanes no pensaba mas que en mí. No podía ser mejor hombre; tímido en lo que á él respectaba, era todo valor cuando se trataba de los amigos, y me lo probó bien cuando hice dimisión con motivo de la muerte del duque de Enghien. En la conversación tenía cóleras literarias risibles. En política desvariaba; los crímenes convencionales le habían hecho mirar con horror hasta la libertad. Detestaba los diarios, la filosofalla, la ideología, y comunicó este odio á Bonaparte cuando se acercó al señor de Europa.

Ibamos á pasear al campo; nos parábamos bajo algunos de esos elevados olmos que se ven diseminados por las praderas. Apoyado contra su tronco, me contaba mi amigo su antiguo viaje á Inglaterra antes de la revolución, y los versos que dedicaba entonces á dos jóvenes ladies, envejecidas á la sombra de las torres de Westminster; torres que hallaba en pie, como las había dejado, mientras que junto á ellas se habían sepultado las ilusiones y las horas de su juventud.

Comíamos continuamente en alguna fonda solitaria de Chelsea, hablando de Milton y de Shakspeare: ellos habían visto lo que nosotros veíamos; ellos se habían sentado, como nosotros, á la orilla de este río, para nosotros río extranjero, para ellos río de la patria. Volviamos de noche á Londres, con los rayos pálidos de las estrellas, sumergidas una tras de la otra en la niebla de la ciudad. Entrábamos en nuestra casa, guiados por inciertas luces que nos trazaban apenas el camino al través del humo de carbon que brillaba alrededor de cada reverbero: así pasa la vida del poeta.

Nosotros vimos á Londres en detalle, antiguo desterrado servía de cicerone á los nuevos, jóvenes ó

viejos: no hay edad legal para la desgracia. En medio de una de estas excursiones fuimos sorprendidos por una lluvia mezclada de truenos, y obligados á refugiarnos en el zaguan de una casucha cuya puerta se hallaba entera abierta casualmente. Allí encontramos al duque de Borbon: yo vi por la primera vez en este Chantilly un príncipe que no era aun el último de los Condé.

El duque de Borbon, Fontanes y yo, igualmente proscritos, buscando en tierra extraña, bajo el techo del pobre, un abrigo contra la misma tempestad: *Fata invenient viam.*

Fontanes fue llamado á Francia. Se despidió haciendo votos por nuestra próxima reunion. Cuando llegó á Alemania, me escribió la carta siguiente:

28 de julio de 1798.

«Si habeis tenido algun pesar á mi partida de Londres, os juro que los míos no han sido menos reales. Sois la segunda persona á quien he hallado en el curso de mi vida de una imaginación y un corazón como el mio. Jamás olvidaré los consuelos que me habeis hecho hallar en el destierro y país extranjero. Mi pensamiento mas querido y mas constante, despues que os he dejado, se vuelve á los *Natches*. Lo que me habeis leído de ellos y muy particularmente en los últimos dias, es admirable, y no se borrará jamás de mi memoria. Pero el encanto de las ideas poéticas que me habeis inspirado ha desaparecido un momento á mi llegada á Alemania. Las mas horrorosas noticias se han sucedido á las que os dí al separarme de vos. He estado cinco ó seis dias en la mas cruel perplexidad. Hasta tenía persecuciones en mi familia. Mis temores se han disminuido hoy mucho. El mal mismo ha sido muy ligero: se amenaza mas que se pega, y los exterminadores no se dirigen contra los de mi época. El último correo me ha traído seguridades de paz y de buena voluntad. Puedo continuar mi viaje, y voy á ponerme en camino en los primeros dias del mes próximo. Mi morada se fijará cerca del bosque de San German, entre mi familia, la Grecia y mis libros: ¡que no pueda decir tambien los *Natches*! La revuelta inesperada ocurrida en París es causa, estoy seguro, del aturdimiento de los agentes y gefes que conoceis. En las manos tengo la prueba evidente. Por esta certeza escribo á Mr. Theil con toda la finura posible, y con la contemplación que exige la prudencia. Quiero evitar toda correspondencia, al menos próxima, y pongo en duda el partido que quiero tomar y la residencia que pienso elegir. Por lo demás, hablo con vos con el acento de la amistad, y deseo cordialmente que las esperanzas de utilidad que yo ofrezca aumenten la buena disposición que se me ha manifestado, y que se debe tambien á vos y á vuestros talentos.

«Trabajad, trabajad, mi querido amigo; haceos ilustre. Podeis hacerlo: el porvenir es vuestro. Espero que la palabra dada continuamente por el *interceptor general de hacienda*, se cumpla al menos en parte. Esto me consuela, porque no puedo sufrir la idea de que una hermosa obra se retrase por falta de algunos socorros. Escribidme; que nuestros corazones se comuniquen; que vuestras musas sean siempre amigas. No dudeis que, cuando pueda pasearme libremente por mi patria, os prepararé una colmena y flores al lado de las mias. Mi afecto es inalterable: yo estaré solo mientras no esté á vuestro lado. Habladme de vuestros trabajos. Quiero alegraros al concluir; he hecho la mitad de un nuevo canto á la orilla del Elba, y estoy mas contento de él que de los demás.

«Adios: os abrazo tiernamente, y soy vuestro amigo.

»FONTANES.»

Fontanes me dice que hacia versos cambiando de destierro. No se puede robar todo al poeta; lleva consigo su lira. Dejad al cisne sus alas; cada tarde repetirán rios desconocidos las quejas melodiosas que hubiera preferido hacer resonar en el Eurotas.

El porvenir es vuestro. ¡Decía Fontanes la verdad? ¡Debo felicitarle de su predicción? ¡Ay! Este porvenir, anunciado ha pasado ya: ¡tendré otro?

Esta primera carta afectuosa del primer amigo que he tenido en mi vida, y que desde la fecha de esta carta ha marchado veinte y tres años á mi lado, me advierte mi progresivo aislamiento. Fontanes ya no existe: un dolor profundo, la muerte trágica de un hijo lo ha llevado al sepulcro antes de tiempo. Casi todas las personas de quien he hablado en estas memorias han desaparecido; es un registro de difuntos que yo tengo. Unos años mas, y yo, condenado á formar el catálogo de los muertos, no dejaré á nadie que inscriba mi nombre en el libro de los ausentes.

Pero si me quedo solo, si ningun ser de los que me amaron queda para conducirme á mi última morada, yo menos que nadie necesito guia; yo me he abierto el camino; yo he estudiado los lugares por donde debo pasar; yo he querido ver lo que sucede en el último momento.

Continuamente al borde de una fosa, á la que se bajaba un ferefo con cuerdas, he oído su crugido; en seguida el ruido de la primera capa de tierra que caía sobre el ataúd; á cada capa nueva el ruido hondo disminuía, y cubriendo, por último, la tierra la sepultura, hacia elevarse poco á poco el silencio eterno hasta la superficie de la tumba. ¡Fontanes! me habeis escrito: *¡Que vuestras musas sean siempre amigas!* No me habeis escrito en vano.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MUERTE DE MI MADRE.—VUELTA Á LA RELIGIÓN.

¿Alloquar? ¿Audiero numquam tua verba loquentem? Numquam ego te, vita frater amabilior, ¿Aspiciam post hac? ¡at, certe, semper amabo!

«¿Ya no te volveré á hablar? ¿No oiré jamás tus palabras? ¿Nunca te veré, hermano mas querido que la vida? ¡Ah! ¡pero siempre te amaré!»

Acabo de perder un amigo, y voy á perder una madre; es necesario tener siempre en los labios los versos que Cátulo dirigía á su hermano. En nuestro valle de lágrimas, lo mismo que en el infierno, hay yo no sé qué eterna queja, que forma el fondo ó la nota dominante de las lamentaciones humanas; se la oye sin cesar, y duraría hasta despues de extinguirse los dolores creados.

Una carta que recibí poco despues que la de Fontanes confirmaba mi triste observación sobre mi progresivo aislamiento; Fontanes me invitaba á *trabajar, á darme renombre*; mi hermana me aconsejaba que renunciara á *escribir*: el uno me proponía la gloria, el otro el olvido. ¿Habeis visto en la historia de madama de Tarcy cuáles eran sus ideas? Había tomado odio á la literatura, porque la contemplaba como una de las tentaciones de su vida.

Saint-Servan 1.º de julio 1798.

«Amigo mio: Acabamos de perder la mejor de las madres; yo te anuncio con dolor este golpe funesto. Cuando dejes de ser el objeto de nuestra solicitud, habremos dejado de vivir. Si supieras cuántas lágrimas han hecho derramar tus extravíos á nuestra respetable madre, y lo deplorable que parecen á los que piensan y han hecho profesión de piedad y de razon; si tú lo supieras, quizá esto contribuiría á hacerle abrir los ojos y á renunciar á escribir; y si el cielo, apiadado de mis súplicas, permitiera nuestra reunion,

tú hallarías en medio de nosotros toda la felicidad posible en la tierra; tú nos la darías, porque mientras estemos inquietos por tu suerte, no la podemos tener.»

¡Ah! ¡que no haya seguido yo el consejo de mi hermana! ¿Por qué he continuado escribiendo? Sin mis obras, ¿se hubieran cambiado en nada los acontecimientos ó el espíritu del siglo?

¡Yo había perdido á mi madre, y había afligido la hora suprema de su vida! Mientras exhalaba el último suspiro, lejos de su hijo último, rogando por él, ¿qué hacia yo en Londres? ¡Tal vez me paseaba en una fresca madrugada, en el momento en que los sudores de la muerte cubrían la frente maternal, y no tenían mi mano para enjugarlos!

La ternura filial que conservaba á Ma. l. de Chateaubriand era profunda. Mi infancia y mi juventud se ligaban íntimamente con el recuerdo de mi madre; todo lo que yo sabía procedía de ella. La idea de haber emponzoñado los últimos dias de la mujer que me llevó en su seno, me desesperó; arrojé al fuego con horror ejemplares del *Ensayo*, como el instrumento de mi crimen; si me hubiera sido posible destruir la obra, lo hubiera hecho sin vacilar. No volví de esta turbación hasta que me ocurrió expiar mi primera obra con otra obra religiosa: tal fue el origen de *El Genio del Cristianismo*.

«Mi madre, he dicho en el primer prefacio de esta obra, despues de haber sido arrojada á los setenta y dos años en los calabozos, donde vió perecer una parte de sus hijos, espiró sobre una mala cama, donde la habían relegado sus desgracias. La memoria de mis extravíos derramó sobre sus últimos dias un gran pesar; ella encargó al morir, á una de mis hermanas, que me atrajera á esta religion, en la cual había sido educado. Mi hermana me anunció el último voto de mi madre. Cuando la carta llegó á mis manos, despues de atravesar el mar, mi hermana misma ya no existía; ella tambien había muerto por consecuencia de su prision. Estas dos voces que salían de la tumba; esta muerte que servía de intérprete á la muerte, me conmovieron. Me he hecho cristiano. No he cedido, convengo en ello, á grandes luces sobrenaturales; mi convicción ha salido del corazón; he llorado y he creído.»

Yo me exageraba mi falta: el *Ensayo* no era un libro impío, sino un libro de duda y de dolor. Al través de las tinieblas de esta obra, se descubre un rayo de la luz cristiana que brilló sobre mi cuna. No era necesario un grande esfuerzo para volver del escepticismo del *Ensayo* á la certeza de *El Genio del Cristianismo*.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

GENIO DEL CRISTIANISMO.—CARTA DEL CABALLERO PANAT.

Quando despues de la muerte de Mad. de Chateaubriand me resolví á cambiar súbitamente de camino, el título de *Genio del Cristianismo* que hallé al instante, me inspiró; me puse á trabajar, con el ardor de un hijo que levanta un mausoleo á su madre. Mis materiales estaban reunidos hacia mucho por mis predecesores estudios. Yo conocía las obras de los Santos Padres mejor que lo que se las conoce en nuestros dias; yo las había estudiado, hasta para combatir las, y había entrado en este camino con mala intencion; y en lugar de salir vencedor, quedé vencido.

En cuanto á la historia, propiamente dicha, me había ocupado especialmente de ella al componer el *Ensayo sobre las Revoluciones*. Las auténticas de Camden que acababa de examinar me habían hecho familiares las costumbres y las instituciones de la edad media.

En fin, mi terrible manuscrito de los *Natchez*, de dos mil trescientas noventa y tres páginas en folio, contenía cuantas descripciones de la naturaleza necesitaba *El Genio del Cristianismo*; podía tomar ampliamente de esta fuente, como había tomado ya para el *Ensayo*.

Escribí la primera parte de *El Genio del Cristianismo*. Los señores Dulan, que se habían hecho liberos del clero francés emigrado, se encargaron de la publicación. Las primeras hojas del primer volumen se imprimieron.

La obra, empezada en Londres en 1799, se acabó en París en 1802; podeis ver los diferentes prefacios de *El Genio del Cristianismo*. Una especie de fiebre me devoró durante el tiempo de mi composición; no se puede formar idea de lo que es llevar á la vez en su cabeza, en su sangre, en su alma, á *Atala* y *René* y mezclar al alumbramiento doloroso de estos ardientes gemelos el trabajo de concepción de las otras partes de *El Genio del Cristianismo*. El recuerdo de Carlota se mezclaba á todo esto, y le daba calor; y para complemento, inflamaba mi imaginación exaltada el primer deseo de gloria. Este deseo tenía origen en la ternura filial; quería un grande éxito, á fin de que subiera hasta la mansión de mi madre, y que los ángeles la llevaran mi santa expiación.

Como un estudio lleva á otro, yo no podía ocuparme de mis escolios franceses sin tomar nota de la literatura y de los hombres del país en que vivía, y me vi empeñado en estas investigaciones. Mis días y mis noches se pasaban en leer, en escribir, en tomar lecciones de hebreo de un sabio sacerdote, el abate Capelan, en consultar las bibliotecas y las gentes instruidas, en vagar por las campiñas con mis tercas fantasías, en recibir y hacer visitas. Si hay efectos retroactivos y sintomáticos de los acontecimientos futuros, yo hubiera podido augurar el movimiento y el estrépito de la obra que debía crearme un nombre con la fermentación de mi entendimiento y las palpaciones de mi musa.

Algunas lecturas de mis primeros borradores sirvieron para ilustrarme. La lectura es excelente como instrucción cuando no se toman como moneda corriente las adulaciones obligadas. Con tal que un autor tenga buena fe, conocerá al punto, por medio de la impresión de los demás, los puntos débiles de un trabajo, y sobre todo si este trabajo es demasiado largo ó corto, si guarda, no llena, ó pasa la justa medida. Yo encuentro una carta del caballero Panat sobre la lectura de una obra, entonces tan desconocida. La carta es encantadora; el espíritu positivo y burlon del obscuro caballero no parecía susceptible de impregnarse así de poesía. No dudo en copiar esta carta, documento de mi historia, aunque esté cuajada de elogios míos, como si el autor se hubiera complacido en derramar su tintero sobre su epístola.

Hoy lunes.

«Buen Dios, qué interesante lectura he debido esta mañana á vuestra extrema complacencia! Nuestra religión había contado entre sus defensores grandes genios, padres ilustres de la Iglesia; estos atletas habían manejado con vigor todas las armas del raciocinio; la incredulidad estaba vencida, pero no era bastante; era preciso demostrar todos los encantos de esta religión admirable; era preciso probar cómo se amolda al corazón humano, y qué magníficos cuadros ofrece á la imaginación. Ya no es el teólogo en la cátedra, es el gran pintor y el hombre sensible que se abren un nuevo horizonte. Faltaba vuestra obra, y érais llamado para hacerla. La naturaleza os ha dotado eminentemente de las bellas cualidades que exige: empuñad á otro siglo... ¡Ah! si las verdades de sentimiento son las primeras en el orden de naturaleza, nadie habrá probado mejor que vos las

de nuestra religión; vos habreis confundido á la puerta del templo á los impíos, y habreis introducida en el santuario los espíritus delicados y los corazones sensibles. Vos me recordais á esos filósofos antiguos que daban sus lecciones con la cabeza coronada de flores y las manos llenas de dulces perfumes. Y esta es una imágen muy pálida de vuestro talento, tan dulce, tan puro, y tan antiguo.

«Yo me felicito todos los días por la feliz circunstancia que me ha acercado á vos; no puedo olvidar que debo esta dicha á Fontanes; lo amo mas por esto, y mi corazón no separará jamás dos nombres que debe unir la misma gloria, si la Providencia nos abre las puertas de nuestra patria.

«EL CABALLERO PANAT.»

El abate Delille oyó tambien la lectura de algunos fragmentos de *El Genio del Cristianismo*. Quedó sorprendido, y me hizo el honor de rimar poco despues la prosa que le había agradado. Naturalizó mis flores salvajes de América en sus diversos jardines franceses, y puso á enfriar mi vino, algo caliente, en el agua fria de su clara fuente.

La edición incompleta de *El Genio del Cristianismo*, comenzada en Londres, difiere un poco en el orden de materias de la edición publicada en Francia. La censura consular, que se convirtió muy luego en imperial, se mostraba muy quisquillosa con respecto á los reyes: su persona, su honor, su virtud, le eran caros de antemano. La policía de Fouché veía descender ya del cielo con la ampollita sagrada, el pichon blanco, símbolo del candor de Bonaparte y de la inocencia revolucionaria. Los sinceros creyentes de las procesiones republicanas de Lyon me obligaron á cortar un capítulo intitulado *Los Reyes Ateos*, y á diseminarlo en párrafos en el cuerpo de la obra.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

MI TIO EL SEÑOR DE BEDÉE.—SU HIJA MAYOR.

Antes de continuar estas investigaciones literarias, es preciso interrumpirlas un momento para despedirme de mi tío de Bedée. ¡Ay! es despedirse de la primera alegría de mi vida: *fræno non remorante dies*: «ningun freno detiene los días.» Ved los antiguos sepulcros en las antiguas catacumbas; ellos mismos vencidos por la edad, caducos y sin memoria, habiendo perdido sus epitafios, han olvidado hasta los nombres de los que encierran.

Yo había escrito á mi tío con motivo de la muerte de mi madre; me contestó una carta larga, en la que había algunas palabras tiernas de pesar; pero las tres cuartas partes de ella estaban consagradas á mi genealogía. Me recomendaba especialmente que, cuando volviera á Francia, buscara los títulos del *blason de los Bedée*, confiado á mi hermano. Así, para este venerable desterrado, ni la ruina, ni la destrucción de sus parientes, ni el sacrificio de Luis XVI, lo advertían de la revolución; nada había pasado, nada había acontecido; estaba siempre en los Estados de Bretaña y en la Asamblea de la nobleza. Hiere esta fijeza de la idea del hombre en medio y como en presencia de la alteración de su cuerpo, de la fuga de sus años, de la pérdida de sus parientes y amigos.

A la vuelta de la emigración, mi tío de Bedée se ha retirado á Dinan, donde ha muerto, á seis leguas de Montchoix, sin haberlo vuelto á ver. Mi prima Carolina, la mayor de mis tres primas, vive todavía. Ha quedado solterona, á pesar de las respetuosas intimaciones de su antigua juventud. Me escribe cartas sin ortografía, en las cuales me tutea, me llama

caballero, y me habla de nuestros buenos tiempos: *in illo tempore*. Tenía dos hermosos ojos negros, y una estatura bonita; bailaba como la Carmago, y cree recordar que yo la tenía un amor fiero. Yo le respondo en el mismo tono, dejando á un lado, á ejemplo suyo, mis años, mis honores y mi fama: «Si, querida Carolina; tu caballero, etc.» Hace algunos seis ó siete lustros que no nos vemos: ¡gracias al cielo, porque Dios sabe si nos abrazáramos que figura haríamos! ¡Dulce, patriarcal, inocente, honrosa amistad de familia: vuestro siglo ha pasado! No estamos agarrados ya al suelo con una multitud de raíces, de flores, y vástagos; ahora se nace y se muere uno á uno. Los vivos se apresuran á enviar al difunto á la eternidad y á desembarzarse de su cadáver. Entre los amigos, los unos van á esperar el féretro á la iglesia, refunfuñando por haber alterado sus hábitos y sus horas; los otros llevan su adhesión hasta seguir el convoy hasta el cementerio; cubierta la fosa, todo recuerdo queda borrado. ¡Ya no volveréis mas, días de religión y de ternura, en que el hijo moría en la misma casa, en el mismo sillón, cerca del mismo hogar, donde había muerto su padre y su abuelo, rodeado como ellos de sus hijos y rietos, anegados en llanto, que recibían la última bendición paternal!

¡Adios, mi querido tío! ¡Adios, familia materna, que desapareces como la otra parte! ¡Adios, mi prima de entonces, que me amas siempre como me amabas cuando oíamos juntos el arrullo de nuestra buena tía Boistilleul, ó cuando asistíais á la revelación del voto de mi nodriza en la abadía de Nazareth! Si me sobrevivís, aceptad la parte de reconocimiento y afecto que os lego aquí. No creais en la falsa sonrisa que asoma en mis labios al hablar de vos, mis ojos, os lo aseguro, están llenos de lágrimas.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en febrero de 1845.

INCIDENCIAS.—LITERATURA INGLESA.—DECAIMIENTO DE LA ANTIGUA ESCUELA.—HISTORIADORES.—PUBLICISTAS.—POETAS.—SHAKESPEARE.

Mis estudios correlativos á *El Genio del Cristianismo* me habían conducido paso á paso, como llevo dicho, al exámen de la literatura inglesa. Cuando en 1792 me refugié á Inglaterra, me fue preciso reformar la mayor parte de los juicios que había aprendido con los críticos. En lo que concierne á los historiadores, Hume era reputado escritor tory y retrógrado; se le acusaba, como á Gibbon, de haber sobrecargado la lengua inglesa de galicismos; se prefería á su continuador Smollett. Filósofo durante su vida, cristiano al morir, Gibbon quedaba convencido de ser un pobre hombre. Aun se hablaba de Robertson, porque era seco.

Por lo que respecta á los poetas, los *Elegantes Extractos* servían de destierro á algunas piezas de Dryden; no se perdonaban las rimas de Pope, aunque se visitase su casa en Twickenham y se cortasen pedazos del sauce lloron plantado por él y marchito como su fama.

Blair pasaba por un crítico fastidioso á la francesa; se le colocaba muy debajo de Johnson. En cuanto al viejo *Spectator*, se hallaba en la buhardilla.

Las obras políticas inglesas tienen poco interés para nosotros. Los tratados económicos son menos circunscritos; los cálculos sobre la riqueza de las naciones, sobre el empleo de los capitales, sobre la balanza comercial, se aplican en parte á las sociedades europeas.

Burke salía de la individualidad nacional política; declarándose contra la revolución francesa, arrastró

á su país á ese largo camino de hostilidades que terminó en los campos de Waterloo.

Sin embargo, aun quedaban grandes figuras. Por todas partes se encuentra á Milton y á Shakespeare. Montmorency, Byron, Sully, sucesivamente embaajadores de Francia cerca de Isabel y de Jacobo I, ¿oyeron hablar jamás de un farsante, actor en sus propias farsas y en las ajenas? ¿Pronunciaron jamás el nombre, tan bárbaro en francés, de Shakespeare? ¿Sospecharon que hubiese allí una gloria, ante la cual se habían de abismar sus honores, sus rangos y sus pompas? Pues bien, el cómico encargado del papel de espectro en *Hamlet* era el gran fantasma, la sombra de la edad media, que se levantaba sobre el mundo, como el astro de la noche, en el momento en que la edad media concluía de bajar al sepulcro: siglos gigantes que abrió Dante y cerró Shakespeare.

En el *Compendio histórico* de Whitelocke, contemporáneo del cantor del *Paraiso perdido*, se lee: «Un cierto ciego, llamado Milton, secretario del parlamento para los despachos latinos.» Moliere, el *histrion*, representaba su *Pourceaugnac*, del mismo modo que Shakespeare el *batelero* gesticulaba su *Falstaff*.

Estos viajeros incógnitos, que vienen de vez en cuando á sentarse á nuestra mesa, son tratados por nosotros como huéspedes vulgares; desconocemos su naturaleza hasta despues de su desaparición. Al dejar la tierra se trasfiguran, y nos dicen como el enviado del cielo á Tobias: «Yo soy uno de los siete que estamos en presencia del Señor.» Pero si son desconocidos de los hombres á su paso, estas divinidades no se desconocen entre sí: «Que necesita mi Shakespeare, dice Milton, para sus huesos venerados, de piedras amontonadas por el trabajo de un siglo.» Miguel Angel, envidiando la suerte y el genio de Dante: exclama:

Pur fuss io tal...
Per l'aspro esilio suo con sua virtute
Darei del mondo piú felice stato.

«Fuera yo como él, por su duro destierro con su virtud, daría todas las felicidades de la tierra!»

El Tasso celebra á Camoens casi ignorado, y le sirve de *Fama*. ¿Hay cosa mas admirable que esta sociedad de ilustres iguales revelándose los unos á los otros por signos, saludándose y conversando en un idioma por ellos solos comprendido? ¿Shakespeare era cojo, como lord Byron, Walter Scott y las hijas de Júpiter? Si lo era en efecto, el *Boy* de Stratford, lejos de avergonzarse de ello, no teme recordarlo, como Child-Harold á una de sus queridas:

...lame by fortune's dearest spite.

«Cojo por el capricho de la fortuna.»

Shakespeare hubiera tenido muchos amores, si no contaran por sus sonetos. El creador de *Desdémona* y de *Julietta* envejecía sin cesar de amar. La mujer desconocida á quien se dirige en versos encantadores, ¿estaba orgullosa, y se contemplaba feliz con ser el objeto de los sonetos de Shakespeare? Se puede poner en duda; la gloria es para un anciano lo que los diamantes para una vieja; la adornan, pero no la embellecen.

«No lloreis mucho mi muerte, dice el trágico inglés á su querida. Si leéis estas palabras, no recordeis la mano que las ha trazado; os amo tanto, que quiero ser olvidado en vuestros dulces recuerdos, si pensando en mi pudiérais ser desgraciada.

«¡Oh! si echáis una mirada por estos renglones cuando yo no sea mas que un puñado de polvo, no repitais siquiera mi pobre nombre, y dejad que vuestro amor se apague con mi vida.»

Shakespeare amaba, pero no creía más en el amor que en cualquiera otra cosa: una mujer para él era un pájaro, una brisa, una flor, cosa que encanta y pasa. Con respecto á la indiferencia ó ignorancia de su fama; con respecto á su estado, que lo separaba de la sociedad y fuera de las condiciones que no podía alcanzar, parecía haber tomado la vida como una hora ligera y desocupada, como un placer rápido y dulce. Shakespeare en su juventud encontró monges viejos arrojados de sus claustros, los cuales habían visto á Enrique VIII, sus reformas, sus queridas, sus verdugos. Cuando el poeta abandonó la vida, Carlos I tenía diez y seis años.

De ese modo Shakespeare había podido tocar con una mano las cabezas encanecidas que amenazó la cuchilla del penúltimo de los Tudor; con la otra la cabeza negra del segundo de los Estuardos, que debía cortar el hacha de los parlamentarios. Apoyado en estas frentes trágicas, bajó el gran trágico al sepulcro: el intervalo de los días que vivió lo llenó con sus espectros, sus reyes ciegos, sus ambiciosos castigados, sus infortunadas mujeres, á fin de reunir, por medio de ficciones análogas, las realidades del pasado con las realidades del porvenir.

Shakespeare se cuenta entre los cinco ó seis escritores que han bastado á las exigencias y al alimento del pensamiento; estos genios madres parece que han engendrado y criado á los demás. Homero ha fecundado la antigüedad: Eschilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio, Virgilio, son sus hijos. Dante ha engendrado la Italia moderna, desde Petrarca hasta el Tasso. Rabelais ha creado las letras francesas; Montaigne, Lafontaine, Moliere, son descendientes suyos. La Inglaterra es toda Shakespeare, y hasta estos últimos tiempos ha prestado su lengua á Byron, su diálogo á Walter Scott.

Se reniega continuamente de estos maestros supremos; se rebelan contra ellos; se enumeran sus defectos; se les acusa de fastidiosos, de difusos, de extravagantes, de mal gusto, robándolos y vistiéndose con sus despojos; pero en vano se agitan bajo su yugo. Todo tiene sus colores; por todas partes se hallan sus huellas; ellos inventan palabras y nombres que van á engruesar el vocabulario general de los pueblos; sus expresiones se convierten en proverbios, sus personajes ficticios en personajes reales, que tienen herederos y descendencia. Abren horizontes de donde brotan torrentes de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil; dan pensamientos, asuntos, estilos á todas las artes; sus obras son las minas ó las entrañas del espíritu humano. Tales genios ocupan el primer rango: su inmensidad, su variedad, su fecundidad, su originalidad, hace que se les reconozca como leyes, ejemplares, moldes, tipos de inteligencias diversas, como hay cuatro ó cinco razas de hombres de un mismo tronco, de las cuales no son las otras más que ramales. Librémonos de insultar los desórdenes en que suelen caer alguna vez estos seres poderosos; no imitemos al maldito Cham; no riamos, si vemos desnudo y dormido á la sombra del arca encallada sobre las montañas del Armenia al único y solitario navegante del abismo. Respetemos á este marino del diluvio que recomendó la creación despues de cerrarse las cataratas del cielo: hijos piadosos, bendecidos por nuestro padre, cubrámoslo púdicamente con nuestro manto.

Shakespeare, en vida, no ha pensado jamás en que pasaría á la posteridad: ¿qué le importa hoy mi cántico de admiración? Admitiendo todas las suposiciones, racionando segun las verdades ó los errores de que está penetrado ó imbuido el espíritu humano ¿de qué sirve á Shakespeare una fama cuyo ruido no puede llegar hasta él? ¿Cristiano? ¿Se ocupa de la nada del mundo en medio de la felicidad eterna? ¿Deista? Desprendido de las sombras de la materia, perdido en el

explendor de Dios, ¿inclina una mirada sobre el grano de arena por donde ha pasado? ¿Ateo? Reposa con ese sueño sin aliento y sin fin que se llama la muerte.

Nada, pues, tan vano como la gloria despues del sepulcro, á menos que no haya hecho vivir la aristad, que no haya sido útil á la virtud, que no haya socorrido la desgracia, y que nos sea dado gozar en el cielo de una idea consoladora, generosa, libertadora, dejada por nosotros en la tierra.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

INCIDENCIAS.—NOVELAS ANTIGUAS.—NOVELAS NUEVAS.—RICHARDSON.—WALTER SCOTT.

A fines del siglo pasado se habían comprendido las novelas en la proscripción general. Richardson dormía olvidado, sus compatriotas hallaban en su estilo rastros de la sociedad inferior en que había vivido. Fielding se sostenía; Sterne, emprendedor de originalidad, había pasado. Se leía todavía *El Vicario de Wakefield*.

Si Richardson no tiene estilo (de lo cual nosotros, extranjeros, no somos jueces), no vivirá porque no se vive más que por el estilo. En vano hay quien se rebela contra esta verdad; la obra mejor compuesta, adornada de retratos muy parecidos, llena de otras mil perfecciones, nace muerta si carece de estilo. El estilo, y hay muchas especies, no se aprende; es don del cielo; es el talento. Pero si Richardson no ha sido abandonado más que por ciertas locuciones vulgares, insoportables á una sociedad elegante, podrá renacer; la revolución que se verifica, bajando la aristocracia y elevando á las clases medias, hará menos sensibles ó borrarán los rastros de los hábitos domésticos, ó de un lenguaje inferior.

De *Clarisa* y de *Tom-Jones* han salido las dos principales ramas de la familia moderna de las novelas inglesas: las novelas en cuadros de familia y dramas domésticos, y las novelas de aventura y pintura de la sociedad general. Despues de Richardson, las costumbres del Oeste de la ciudad hicieron una irrupción en el dominio de las ficciones: las novelas se llenaron de palacios, de lores y de ladys, de escenas en el agua, de aventuras en las carreras de caballos, en el baile, en la ópera, en el Ranelagh, con un *chit-chat*, con una chismografía interminable. No tardó en transportarse la escena á Italia; los algodones atravesaron los Alpes con peligros espantosos y dolores de alma capaces de enternecer los leones: *el leon derramó lágrimas*; una jerga de buena sociedad fue adoptada.

En estos millares de novelas que han inundado á la Inglaterra por espacio de medio siglo, dos han conservado su puesto: *Caleb Williams* y *le Moine*. Yo no ví á Godwin durante mi retirada á Londres; pero hallé dos veces á Lewis. Era un jóven miembro de los Comunes, muy agradable, y que tenía el aire y las maneras de un francés. Las obras de Ana Radcliffe forman una especie aparte. Las de miss Barbant, las de miss Edgerworth, las de miss Burnet, etc., tienen, segun dicen, esperanzas de duracion. «Debería haber, dice Montaigne, coercion de leyes contra los escritores ineptos é inútiles, como las hay contra los vagos y mal entretenidos. Serían desterrados de las manos del pueblo, tanto yo como otros cien. La manía de escribir parece ser un síntoma de un pueblo desbordado.»

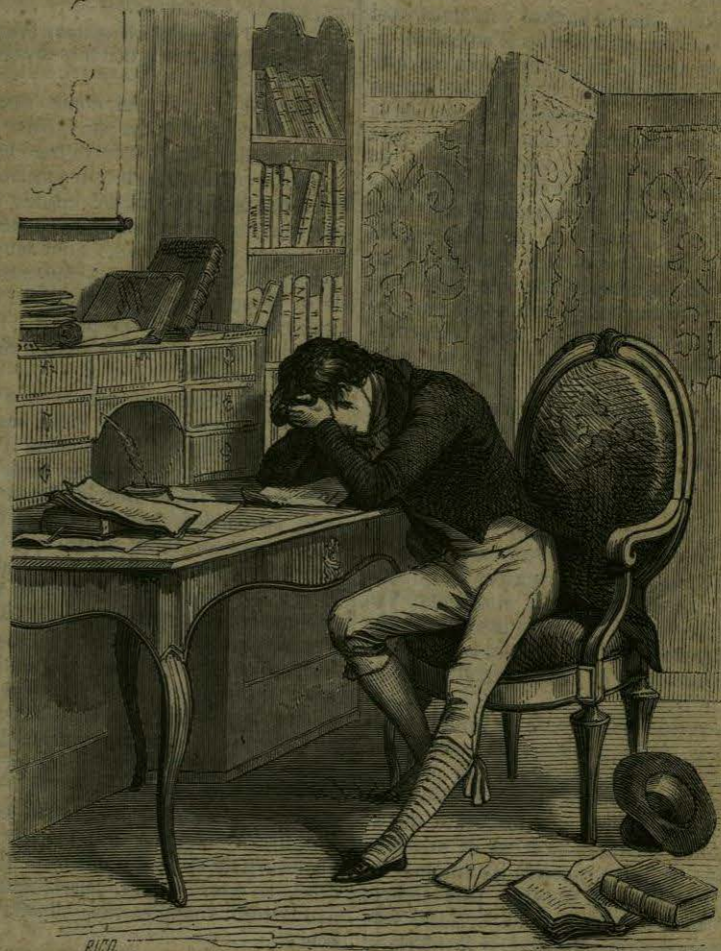
Pero estas escuelas diversas de romanceros sedentarios, de noveleros que viajan en diligencia ó calesa, de romanceros de lagos y montañas, de ruinas y fantasmas, de noveleros de ciudades y de salones, han venido á perderse en la nueva escuela de Walter Scott,

del mismo modo que la poesía se ha precipitado por el camino de lord Byron.

El ilustre pintor de la Escocia empezó la carrera de las letras, cuando mi destierro á Londres, por la traducción de *Berlichingen* de Goethe. Continuó haciéndose conocer en la poesía, hasta que la inclinación de su genio lo llevó á la novela. Me parece que ha creado un género falso; ha pervertido la novela y la historia; el novelista se ha puesto á hacer novelas históricas, y el historiador historias romancescas. Si en Walter Scott me veo obligado á pasar algunas

conversaciones interminables; es falta mía, sin duda; pero uno de los mayores méritos de Walter Scott, á mi modo de ver, es poder ponerse en las manos de todo el mundo. Se necesitan mayores esfuerzos de talento para interesar dentro de las reglas que para agradar descuidándolas; es más difícil arreglar el corazón que conmoerlo.

Burke retuvo la política de Inglaterra en lo pasado; Walter-Scott hizo retroceder á los ingleses hasta la edad media: todo lo que se escribió, fabricó, edificó, fue gótico; muebles, casas, libros, iglesias, palacios.



CHATEAUBRIAND LLORA LA MUERTE DE SU MADRE.

Pero los lores de la gran carta son hoy *fashionables* de Bond-Street, raza frívola que se acampa en los castillos antiguos, esperando que lleguen nuevas generaciones á arrojarlos de allí.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

INCIDENCIAS.—POESÍAS NUEVAS.—BEATTIE.

Al mismo tiempo que la novela pasaba al estado romántico, la poesía sufría una transformación semejante. Cowper abandonó la escuela francesa para hacer revivir la escuela nacional: Burns, en Escocia, inició la misma revolución. Detrás de ellos vinieron los res-

tauradores de las baladas. Muchos de estos poetas de 1792 á 1800 pertenecían á lo que se llama *Lake School* (nombre que dura), porque los novelistas vivían á la orilla de los lagos de Cumberland y Westmoreland, á quienes cantaban alguras veces.

Tomás Moore, Campbell, Rogers, Crabbe, Woodsworth, Southey, Hunt, Knowles, lord Holland, Canning, Croker, viven todavía para honor de las letras inglesas; pero es preciso haber nacido inglés para apreciar todo el mérito de un género íntimo de composición que se hace sentir particularmente á los hombres del país.

Ninguno, en una literatura viva, es juez competente más que de las obras escritas en su propia lengua. En vano creéis poseer á fondo un idioma extran-